

# ORACIÓN DE PREPARACIÓN A LA LECTURA DEL EVANGELIO

La proclamación del evangelio está acompañada de una serie de gestos encaminados a resaltar su importancia: el canto del Aleluya, que la asamblea esté de pie, el uso de incienso, las velas que lo custodian, el saludo litúrgico («El Señor esté con vosotros»), el beso del Evangelionario. Sin embargo hay uno de ellos que suele pasar desapercibido y que esconde un profundo significado. Se trata de la preparación del sacerdote para leer el evangelio.

Concluida la segunda lectura los domingos o el salmo responsorial los días de feria, el sacerdote, mientras se canta el Aleluya, inclinado profundamente ante el altar recita en secreto la siguiente oración: *Purifica mi corazón y mis labios, Dios todopoderoso, para que anuncie dignamente tu evangelio.* (Cuando asiste un diácono, éste pide la bendición a quien preside la eucaristía, igualmente si lee el evangelio un presbítero y preside un obispo.)

Este gesto establece un paralelismo entre la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística, las dos partes en las que se divide la Eucaristía. Tanto en la liturgia de la palabra como en la liturgia eucarística se hace presente Jesucristo (SC, n. 7; IGMR, n. 27): En la liturgia de la Palabra Cristo, presente en su Palabra, anuncia su buena noticia; en la liturgia eucarística Cristo, presente en el pan y en el vino, se ofrece como alimento. Cristo está presente, pues, en el evangelio y Cristo está presente en las especies eucarísticas. De alguna manera podríamos decir que ambas presencias tienen una preparación semejante por parte del ministro ordenado.

En primer lugar, en ambas, encontramos la indignidad del sacerdote ante la presencia del Señor. Por eso, tanto en la liturgia de la Palabra como en la liturgia eucarística, éste pide ser purificado. Para proclamar el evangelio el sacerdote ora inclinado profundamente ante el altar pidiendo a Dios que purifique sus labios y su corazón («Purifica mis labios y mi corazón, Dios todopoderoso, para que anuncie dignamente tu Evangelio»). A semejanza del profeta Isaías que también se consideraba un hombre de labios impuros para anunciar al pueblo la palabra de Dios (Is 6,5-7). Igualmente, tras la presentación de los dones, antes de iniciar la plegaria eucarística, el sacerdote se lava las manos, a un lado del altar, pidiendo que Dios lave su delito y limpie su pecado («Lava del todo mi delito, limpia mi pecado»).

En segundo lugar, en ambas, encontramos la presencia del Espíritu, que es quien hace presente a Cristo en la celebración. Es el Espíritu quien hace que las palabras del evangelio sean palabra del Señor hoy y aquí. Es el Espíritu quien transforma el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. En la

liturgia de la palabra esta oración, acompañada del gesto de la inclinación profunda, tiene también un sentido epiclético. El sacerdote pide pureza para que el Espíritu sea quien hable por su boca.

Esta presencia del Espíritu se ve todavía más clara cuando quien va a leer el evangelio tiene que pedir la bendición al presidente de la celebración. *El Señor esté en tus labios y en tu corazón* dice en esa circunstancia el presidente y hace la señal de la cruz sobre el ministro que va a proclamar el evangelio. En la liturgia eucarística, antes de las palabras de la institución, se pide la presencia del Espíritu, imponiendo las manos sobre el pan y el vino, para *que sean el cuerpo y la sangre de Jesucristo*.

**JOSÉ ANTONIO GOÑI**

## PARA PREPARAR EL AÑO DE LA FE



### **BENEDICTO XVI** **Año de la fe** **Carta apostólica** **“Porta fidei”**

La carta apostólica, con el directorio correspondiente, y, en anexo, varios documentos del mismo papa y de Juan Pablo II, así como el “Credo del Pueblo de Dios” de Pablo VI. Para vivir mejor esta oportunidad cristiana.  
Precio: 9,00 €



**Centre de Pastoral Litúrgica**  
Rivadeneira, 6, 7. 08002 Barcelona  
☎ 933 022 235 ☎ 933 184 218  
✉ cpl@cpl.es / www.cpl.es